

FLOR DE AZALEA

*(Dos fragmentos no consecutivos
de una novela inédita)*

MARCO AURELIO LARIOS*

El protagonista de esta novela es un profesor de literatura que, según esta ficción, fue amigo de Agustín Yáñez. En ambos fragmentos hay menciones al gran escritor jalisciense. Sírvase este ejercicio lúdico, de invención libérrima, para rendirle homenaje en el centenario de su natalicio

[Fragmento uno]

Esa tarde cuando llegó a la puerta del salón de clase, encontró a sus alumnos discutiendo con pasiones encontradas. Para su desconsuelo, escuchó que una estudiante instaba a los demás a destituirlo por parecer anticuado y permanecer al margen de las nuevas dinámicas en la enseñanza de la literatura. Él se recriminó íntimamente que ahora en su vejez fuera incapaz de transmitir pasión alguna por los libros. Como ahora con el amor, ya no era capaz de encender ardores en sus jóvenes estudiantes. ¿No les había hablado el lunes pasado de la religiosidad erótica de López Velarde? ¿No presintieron la contradicción, el dilema del poeta? ¿O les parecían anticuados y agrídulces los versos del zacatecano? ¿O simplemente había sido su incapacidad para emocionarlos? No obstante, entró al salón como si nada hubiera oído y abrió un libro de Pellicer, dispuesto a dar la clase a quien quisiera oírlo.

Miró para sentir, al bajar hacia el patio, el edificio de tezontle, construido en los años cincuenta cuando su amigo, Agustín Yáñez, había sido gobernador de la región. El crepúsculo daba un rojo más intenso a los muros. Estaba

dolido con sus alumnos. Pocos habían puesto atención a sus comentarios sobre Pellicer. Por allá una estudiante se pasó la clase pintándose las uñas de la mano; en el extremo opuesto, el mentado “Chavo” dibujaba sobre su cuaderno, seguramente, alguna mujer desnuda; y el “Perico” y Hugo se escribían recados para malhablar de los otros. Las manos de trópico de Carlos Pellicer no habían podido pintar de color la apatía de sus estudiantes. Solamente la muchacha morena del otro día y una alumna oyente, de pelo rojo, se mostraron atentas a su exposición.

Se sentó en uno de los cajetes del jardín. Le sobraba una hora para volver a entrar a otra clase. Sacó del portafolio *Al filo del agua* y releyó las notas al margen que había puesto en el capítulo de “Las Canicas”. Esa imagen del destino siempre lo subyugaba: la vida tiene una dirección que parece destinada hasta que otra vida, la de alguien ocasional, la choca y le cambia el rumbo. Pero eso no había sucedido nunca con él. En todo caso, solamente había visto a su mujer abandonar el juego cuando se volvía interesante, es decir, cuando el juego no tiene más interés que jugarse, sin importar quien pierde o gana.

* Autor de *El cangrejo de Beethoven* (Fondo de Cultura Económica, México, 2002), obra que ganó en 1998 el Premio Juan Rulfo para Primera Novela, convocado por el Instituto Nacional de Bellas Artes y el Gobierno de Tlaxcala; maestro en Letras y Literatura Españolas e Hispanoamericanas y doctor en Filosofía.

Y se quedó ensimismado, soltando la mirada hacia un horizonte imaginario. Se encendieron las luces del patio y el barullo sordo de la cafetería llegaba cálido como esa noche de mayo. Con una inmovilidad casi oriental, estuvo así varios minutos. Sus ojos abiertos estaban ciegos al presente. ¿El cuerpo miraba lo que el alma le imponía ver? ¿Veía las jacarandas simétricamente dispuestas entre los cajetos del jardín? ¿O repetía en la mente los versos de Pablo Neruda: “en medio de tu pueblo, eres pan y raíz, lanza y estrella”, inscritos a la entrada del auditorio nombrado en honor del poeta chileno? Una mano lo trajo de donde se hallaba. Era un joven profesor, antaño alumno suyo, quien le llamaba con los dedos en su hombro para sacarlo de su absorto.

El profesor quiso explicarle que los arrebatos de silencio y soledad no son tan malos en los viejos como parecen: constituyen un tiempo (o un espacio, según quiera definirse la sustancia material del universo) en el que se piensa la vida como el resultado de una infinita posibilidad de existencias que nunca se vivieron; justifican cabalmente la razón de seguir viviendo. Pero no dijo nada por temor a que no lo entendiera. Y prefirió decirle que repasaba mentalmente la novela de Yáñez, obra que anticipa todas las estrategias narrativas de la modernidad novelesca de los escritores mexicanos, aun cuando se le desprecie por su tema rural. Rulfo y Fuentes son deudores de su escritura. Su joven colega escuchó sus palabras como una lección particular, casi con la certidumbre de que se las decía en secreto como una revelación propia e intransferible. Luego el profesor miró el reloj y se levantó tan rápido como pudo hacerlo, negándose al apoyo que se le ofrecía. Se despidió.

Era la hora de entrar con los muchachos de octavo semestre, a quienes no terminaba de convencer de que la literatura no era una disciplina científica sino un ejercicio moral. ¡Qué podrían decir todas esas metodologías que diseccionaban las obras literarias! Un lector real, amante de su vicio, solamente buscaba estar de acuerdo o en desacuerdo con lo que leía. Y el acuerdo o el desacuerdo son cuestiones plenamente morales. Que quisieran destituirlo de sus cátedras por viejo y terco, le parecía lamentable después de haber ofrendado su vida entera a la literatura. “Vivo al filo de la existencia”, se dijo.

[Fragmento dos]

Si algo quiso aprenderle a su amigo Agustín fue su formalidad en el vestir. Siempre de casimir, anudada la corbata, brillantes los zapatos.

— Mira, Dagoberto, un traje en realidad viste al espíritu. Lo presume el cuerpo pero es el alma quien lo porta.

— Por eso me gusta: es la prenda más moral que uno puede vestir.

— Pero es también la más hipócrita. Qué no esconde un hombre de traje... Mírame, escondido en trajes cada día de la semana, a causa de mi trabajo. No lo soporto... Yo soy escritor, Dago, un simple escritor que debería calarse el sombrero de palma y la camisa de manta para igualarse con los comunes.

— Ese no es el estilo de un verdadero artista: Flaubert y Offenbach vistieron sus levitas; Baudelaire es impensable en mangas de camisa. Un escritor también es moral, Agustín. Y por ese hecho tienes una mayor obligación que un burócrata. México debe civilizarse pareciendo europeo. Ya no podemos seguir ajenos a Occidente, no podemos justificarnos con ser mestizos. El saco y la corbata civilizan a cualquiera. Allí está Juárez...

— Dago, te equivocas, y te equivocarás siempre.

Caminan por las recién terminadas plazas del centro, proyecto arquitectónico de Ignacio Díaz Morales: derribar edificios coloniales para construir una cruz de plazas que magnifiquen la catedral de Guadalajara; una cruz urbana que hable del destino histórico de esta ciudad religiosa.

— Pero tú siempre vistes de traje.

— Sí, desde que decidí conocer a fondo la política me di cuenta de la necesidad de parecerme a quienes quería observar y estudiar. No entras a un prostíbulo vestido de seminarista, ¿verdad?...

— Agustín, qué dices. Tú, siendo ahora gobernador de Jalisco...

— Dagoberto, te lo digo con sinceridad. Aprende... Porque de tanto querer observar a quienes detestaba terminé siendo como ellos. Por eso te lo digo: por pura prevención. El traje se lleva bien con esta ciudad de hipócritas.

El paseo por la plaza de las dos copas fue interrumpido por un secretario que urgió al señor gobernador a regresar a Palacio de Gobierno.

Dagoberto, parado, siguió con la vista la figura de Agustín, elegante con su traje azul marino. ■